

San Juan Crisóstomo

Comentario

Homilía 78

La Parábola de los Talentos

Parábola de los talentos

Así, pues, la parábola de las vírgenes fatuas se aplica a la limosna que se da en dinero; la que sigue—de los talentos— se dirige a quienes no quieren aprovechar al prójimo ni con su dinero, ni con su palabra, ni con el gobierno, ni de ninguna otra manera, sino que lo esconden todo. —Mas ¿por qué esta parábola introduce a un rey, y la otra a un esposo? —Por que entendamos cuán familiarmente se ha Cristo con las vírgenes que se desprenden de lo que tienen. Porque en eso está la verdadera virginidad. De ahí que Pablo ponga eso por definición de la propia virginidad: *La innupta está solícita de lo que atañe al Señor—dice—y de lo decente y de mantenerse junto al Señor inseparablemente*. A esto os exhortamos—dice—. Por lo demás, si la parábola de los talentos adopta otra forma en Lucas, hay que decir que una es ésta y otra aquélla. En efecto, en aquélla un mismo capital produce diferentes réditos, pues de una sola mina, uno granjeó diez y otro cinco. De ahí que tampoco los premios fueran los mismos. No así en la de los talentos, en que la corona es la misma. Aquí, el que recibió dos, logró otros dos, y el que cinco, otros cinco. Allí, con el mismo caudal, uno logró más, otro menos ganancias. Lógicamente, pues, tenían que ser distintas las recompensas. Mas notad cómo nunca reclama el Señor inmediatamente. Así, en la parábola de la viña, la arrendó a los labradores y se fue de viaje; y aquí, les entregó el dinero a sus criados y se marchó también de viaje. Buena prueba de su inmensa longanimidad. Y, a mi parecer, en esta parábola de los talentos se refiere el Señor a su resurrección. Aquí ya no hay labradores y viña, sino que son todos trabajadores. Porque no habla ya sólo con los gobernantes y dirigentes, ni con solos los judíos, sino con todos los hombres sin excepción. Y los que le presentan sus ganancias confiesan agradecidamente lo que es obra suya y lo que es don del Señor. El uno dice: *Señor, cinco talentos me diste*. Y el otro: *Dos talentos me diste*. Con lo que reconocen que de él recibieron la base para el negocio, y se lo agradecen sinceramente y, en definitiva, todo se lo atribuyen a él. ¿Qué responde a ello el Señor? *Enhorabuena, siervo bueno y fiel* (la bondad está en mirar por el prójimo); *puesto que has sido fiel en lo poco, yo te constituiré sobre lo mucho. Entra en el gozo de tu Señor*. Palabra con que el Señor da a entender la bienaventuranza toda. No habla así el siervo perezoso. Pues ¿qué dice? *Yo sabía que eres hombre duro, que siegas donde no sembraste y recoges donde no esparciste, y, por miedo a ti, escondí tu talento. Aquí tienes lo que es tuyo*. ¿Qué le contesta el Señor? *Siervo malo, tenías que haber puesto mi dinero en el banco, es decir, tenías que haber hablado, exhortado, aconsejado*. —Es que no me hacen caso. —Eso no te toca a ti. ¿Puede darse

mansedumbre más grande?

Castigo del siervo malo y perezoso

3. Realmente, no lo hacen así los hombres. Entre los hombres, el mismo que toma el préstamo es responsable del interés. No así Dios. Tú tenías—dice—que depositar el dinero y dejar a mi cargo la reclamación: *Y yo lo hubiera reclamado con interés*. Interés llama aquí a las obras, fruto de la predicación. Tú tenías que haber hecho lo más fácil y dejar para mí lo más difícil. Mas como no lo hizo: *Quitadle—dice—el talento y dádsele al que tiene diez. Porque a todo el que tiene, se le dará y abundará; mas, al que no tiene, aun lo que tiene, se le quitará*. ¿Qué quiere decir esto? El que ha recibido gracia de palabra y de doctrina y no hace uso de ella, perderá esa gracia; mas el que la emplea fervorosamente, se ganará mayor dádiva, como el otro pierde lo que recibiera. Mas no es ése el único daño del mal trabajador. Luego viene el castigo insoportable y, con el castigo, la sentencia, llena de mucha acusación. Porque, al siervo inútil: *Arrojadle—dice—a las tinieblas exteriores. Allí será el llanto y el crujir de dientes*. Ya veis cómo no sólo el que roba y defrauda, ni sólo el que obra mal, sino también el que no hace el bien, es castigado con el último suplicio. Escuchemos, pues, esas palabras. Mientras es tiempo, trabajemos por nuestra salvación, tomemos aceite para nuestras lámparas, negociemos con nuestro talento. Porque si somos perezosos y nos pasamos la vida sin hacer nada, nadie nos tendrá allí ya compasión, por mucho que lloremos. También el que entró en el banquete de bodas con ropa sucia se condenó a sí mismo; pero de nada le aprovechó. El que recibió un solo talento, devolvió la cantidad que se le había entregado, y aun así fue condenado. Suplicaron las vírgenes, se acercaron y llamaron a la puerta, pero fue todo en balde. Sabiendo como sabemos todo esto, pongamos a contribución, para aprovechamiento de nuestro prójimo, dinero, fervor, dirección, todo, en fin, cuanto tenemos. Porque talento vale aquí tanto como la facultad misma que cada uno tiene, ora en gobierno, riqueza, doctrina, o cualquier otra cosa semejante. Que nadie, pues, diga: “Yo no tengo más que un talento y no puedo hacer nada”. No. Con un solo talento puedes también ser glorioso. Porque no serás más pobre que la viuda de los dos cornados, ni más rudo que Pedro y Juan, que eran ignorantes y no conocían las letras. Y, sin embargo, por haber dado muestras de su fervor y por haberlo hecho todo en interés común, alcanzaron el cielo.

Nada ama Dios tanto como la caridad para con nuestro prójimo

Porque nada es tan grato a Dios como que vivamos en interés de todos. Si Él nos dio palabra, y manos, y pies, y fuerza corporal, y razón, y prudencia, es porque quiere que de todo nos valgamos para nuestra propia salvación y para el aprovechamiento de nuestro prójimo. Así, la palabra no sólo nos sirve para entonarle a Él himnos y acciones de gracias, sino también para enseñar y exhortar a nuestros hermanos. Y si para esto la empleamos, imitamos al Señor; si para lo contrario, al diablo. Así Pedro, cuando confesó a Cristo, fue proclamado bienaventurado, como quien había hablado lo que el Padre le inspirara; mas cuando rechazó la cruz y se opuso a que el Señor la sufriera, fue fuertemente reprendido, como quien tenía los sentimientos del diablo.

Ahora bien, si hablar así por ignorancia fue tan grande culpa, ¿qué perdón tendremos cuando tantas veces pecamos voluntariamente?

Imitemos en todo a Cristo

Si lloras, mira que la tiranía de la tristeza no desvíe tu lengua; habla como Cristo habló en el llanto. Porque también Él lloró a Lázaro y a Judas. Si tienes miedo, procura también hablar como Cristo habló en el miedo. Porque también Él tuvo miedo por ti conforme a la razón de su dispensación. Di tú también: *No como yo quiero, sino como tú*. Si te rodean asechanzas y tristeza, pórtate en ellas como Cristo. Porque también Él sufrió insidias y estuvo triste y dijo: *Triste sobremanera está mi alma hasta la muerte*. En todo te ha dado ejemplo, a fin de que sigas sus pisadas y no quebrantes las normas que te ha dado. De este modo tendrás una boca semejante a la boca de Cristo; de este modo, aun caminando por la tierra, nos mostrarás una lengua semejante a la del que está sentado en el cielo, guardando su moderación en la tristeza, en la ira, en el llanto, en la angustia. ¡Cuántos de nosotros no deseamos ver la figura de Cristo! Pues mirad que, con sólo que seamos fervorosos, podemos no sólo verle, sino ser como Él. No lo difiramos, pues, un momento más. Más apreciaba Él las bocas de los humildes y mansos que las de los profetas. Porque: *Muchos—dice— me dirán: ¿No hemos profetizado en tu nombre? Y yo les contestaré: No os conozco*. La boca, empero, de Moisés, por ser él tan modesto y manso—*porque Moisés—dice la Escritura—era el hombre más manso de todos los hombres sobre la tierra—*, de tal modo era por Dios apreciada y amada, que con él hablaba, como nos cuenta la Escritura, cara a cara y boca a boca, como un amigo habla con su amigo. No mandas tú ahora sobre los demonios; pero si tienes boca semejante a la de Cristo, entonces mandarás sobre el fuego del infierno. Mandarás sobre el abismo del fuego y le dirás: *Calla y enmudece*, y tú entrarás con gran confianza en el cielo y gozarás del reino. El cual ojalá todos alcancemos, por la gracia y misericordia de nuestro Señor Jesucristo, con el cual sea al Padre, juntamente con el Espíritu Santo, gloria, poder y honor ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén.